ANDERGRAUN

ÁLVARO DÍAZ DEL REAL

Durii

AGRADECIMIENTOS

A mi madre por haberme metido el veneno de la lectura en la sangre.

A mi padre por inocularme la pasión por la música.

A Raquel por su paciencia.

Al Chamán, por su sabiduría.

A Juan por su tiempo, consejos y obstinado trabajo.

A todos esos amigos que me acompañaron en aquellos locos años que han servido de inspiración para este libro.

Y en especial a María.

No es un adiós,
es más bien un hasta luego.
Y más pronto que tarde
nos veremos por los cielos.

Underground:
Movimiento contracultural surgido
en la segunda mitad del siglo XX que
promueve manifestaciones artísticas
marginales y contestatarias.

ELENA TORRES VERGARA

PUERTA DE LA DISCOTECA EM.
SEVILLA. 8 DE DICIEMBRE DE 2001. 00.13 HORAS.

No sabía qué fuerza heliotrópica surgida de las profundidades de la galaxia le había forzado a arrastrar sus recientemente cumplidos dieciocho años, ciento sesenta y cinco centímetros de altura y cincuenta y dos kilos de peso aquella fría noche otoñal desde su plácido hogar, situado en uno de los barrios más acomodados de la periferia sevillana, hasta aquel agujero de perdición al que hacía ya, al menos un año, sentía que no pertenecía, que no le era propio, que no iba con ella, con su rollo, con su movida: la EM. Ni siquiera la fruslera advertencia proferida por Nico «*el Lacio*» al teléfono —el cual había llamado al fijo de casa dando en el reloj de péndulo que colgaba de la pared del zaguán las ocho de la tarde— de que esa noche pasarían lista, trastocó un ápice sus intenciones de entregarse a un sosegado albor de fin de semana abducida por el cálido amparo de un brasero, devorando una suculenta pizza-taco del Sloopy Joe's y consumiendo cualquier bodrio seleccionado de la pobre oferta del cercano videoclub Risas. No obstante, una segunda llamada de Lele, una decena de minutos más tarde, hizo que los cimientos de su aparentemente inquebrantable planteamiento comenzaran a resquebrajarse como lo hacían los tablones de madera de un galeón del siglo XVI bordeando el cabo de Hornos en mitad de una tempestad. Su compinche de fechorías en el instituto había recurrido a la misma fórmula de convicción desplegada por *el Lacio* aduciendo eso de: «*Lenita, hoy no puedes fallar que pasan lista*», una coletilla que hacía alusión a que tal noche del señor, su círculo de amistades y conocidos al completo harían acto de presencia en ese templo de la juventud sevillana de principios del nuevo milenio llamado Discoteca Mundial, pero a la que todo quisque conocía por las dos letras que se podían leer en el letrero situado encima de su ingreso principal: EM. Para dar lustre a tan prosaica admonición, Lele le aseguró que en esa jornada —no otra cualquiera, sino esa precisamente en la que solo ambicionaba hundirse en el sofá y dejarse caer por la ranura que separaba sus mullidos cojines— iban a estar representadas todas y cada una de las tribus urbanas en

las que, muy someramente, se clasificaba a los jóvenes de la época, que se dividían en cuatro: los «*pijos*» o «*pijales*»; los «*calorros*», quinquis de tres al cuarto que podían ser asimismo catalogados como «*canis*», «*charnis*», «*jius*» o «*kíes*» en función del grado de violencia al que fueran capaces de elevar sus acciones; los «*hippies*», «*come flores*» o «*grinpis*», término este último derivado de la traslación fonética del inglés al andaluz del nombre de una conocida organización no gubernamental ecologista; y por último los «*pajos*», inadaptados con palmarios problemas para establecer relaciones sociales con sus semejantes de natural propensión a recibir abusos y vejaciones por parte del primer y segundo grupo.

La excitada voz que le llegó a través del hilo telefónico prosiguió su relato detallando que al pasar por los banquitos de Los Altos se había encontrado «*al Hartocoles*» y «*al Daleao*», unos *calorros* de manual sospechosos habituales de los banquitos de la Renault que gustaban de matar el arco temporal existente entre el alba y el ocaso cruzándose gélidos litros de Cruzcampo y porros de *palo* bajo un manto sonoro de música *breakbeat* que escupía sin compasión el *subwoofer* instalado en el maletero del Seat Panda —propiedad del primero de ellos— y que era audible, a cuanto Lele le había ratificado con inusitado estupor, desde que había puesto un pie fuera de su casa sita en la barriada de las Brisas, distante trescientos metros del emplazamiento en el que el vehículo se encontraba estacionado. Al parecer, estos aspirantes a delincuentes menores le habían jurado y perjurado sobre la vida de sus madres y la de sus vivas o difuntas abuelas que no faltarían por nada del mundo a la convocatoria y que ni el mismísimo satanás tendría los arrestos de impedir que acabaran poniéndose hasta el culo de cubatas en la mencionada disco. Más arriba, había continuado su narración, saliendo del estanco junto al salón recreativo Los Furbolos de Ciudad Aljarafe, se había topado con Pedro, un vecino suyo con ínfulas de pijo que en el momento de su encuentro —así lo había recalcado su interlocutora con una pátina de retranca— lucía la equipación oficial de militante conservador compuesta de unos pantalones chinos, zapatos castellanos y un polo con la enseña nacional cosida al cuello del que sobresalía, en su bolsillo delantero, una cajetilla de tabaco Nobel

de diez cigarros, unas hechuras que entre sus afines le entronizaría hasta alcanzar el rango de rancio de pedigrí, pero que en el resto de los mortales lo que levantaba era el más burlesco de los pitorreos. El alumno de derecho en la Universidad Pablo de Olavide, que placía de peinar su rubicundo y sedoso cabello con una estricta raya en el lado izquierdo de su testa dotada de una rectitud que ni una línea trazada con escuadra y cartabón, le había certificado que asistiría junto a su peña del Colegio Claret no sin antes hacer una parada de rigor para cuadrarse un *lote* de whisky con cola en los soportales de Tabacalera como los jodidos señores que eran. Por último, de camino a casa de su novio Miguel, había finalizado Lele su alocución, paró a echarse un cigarro con los «*grinpis*» del parque de Ciudad Expo: «*El Tinoco*», Silvio «*el Recio*», «*el López*» y Luis «*el Negro*», unos estudiantes de ingeniería agronómica y medioambiente que hacían honor a su apariencia de largas melenas y amplios ropajes a rayas manufacturados en algodón, ocupando pacíficamente la zona verde anexa al Instituto Juan de Mairena, intercambiando petardos y litronas, rasgueando guitarras y sacando percutivos sonidos de la ajada piel de un djembé. Estos, aunque siempre reacios a la idea de tener que enfundarse una ropa que detestaban para poder satisfacer la impredecible y caprichosa voluntad de los porteros, tenían, como cualquier chaval de su edad, la necesidad de relacionarse con sus iguales y arrimar la cebolleta, cosa que era patente que no sucedería jamás en esa jaula de césped, canutos, cerveza y ritmos descompasados que se habían fabricado, por lo que, no sin cierta resignación, acabaron confirmándole que pasarían por el aro acudiendo a la dichosa sala de variedades para ver si de esta manera ponían fin a la lascivia que acumulaban tras tardes y tardes consecutivas de verse los unos a los otros los caretos sin fémina que les rondase.

Una tercera y postrera llamada de Julia rozando las nueve de la noche terminó por dinamitar sus primigenias pretensiones de sofá, manta y película lanzando un obús directo a su línea de flotación. Su amiga del alma GA-RAN-TI-ZA-BA, gracias a una conversación mantenida en el chat del *Messenger*, la presencia de Julián, ese morenazo de Nervión que conocieron en la Harlem de verano el pasado año y al que había ignorado desde entonces por

considerarlo fuera de su esfera de posibilidades, pero con el que había intercambiado inesperada mas placenteramente fluidos salivares la noche anterior en un épico morreo en la Sala Hipódromo cuando, con el chaquetón en la mano, ya se disponía a largarse y en los altavoces sonaba *Smack my Bitch up* de los Prodigy. En una salida —todo hay que decirlo— muy fuera de contexto por ser intersemanal pero muy *a la mode* entre los universitarios a la sazón, ya que los jueves se habían convertido, por cualquier antojo del azar, en los nuevos viernes, y si querías estar en el ajo, ser alguien, estabas obligado a dejar ver tu palmito con nocturnidad y alevosía ese día a sabiendas del consiguiente —y entendible por otra parte— cabreo parental, quienes se enervaban al atestiguar como sus sueldos se evanescían de la forma más lastimera posible en forma de matrículas universitarias tiradas al limbo cuatrimestre tras cuatrimestre. Antes de colgar el teléfono, en el preciso instante posterior a dejar caer con voz temblorosa: «*no sé Juli, me lo voy a pensar*», Elena sabía que las cartas estaban echadas y que no había absolutamente nada que pudiese hacer a esas alturas. De modo que, aunque las ardientes resistencias del brasero, que en ocasiones quemaban sus calcetines hasta hacerle pequeños agujeros en las puntas si tensaba la cuerda más de lo debido, ejercían un potente efecto succión, la presión de sus amigos, el anuncio del pase de lista y la expectativa de repetir magreo con el buenorro de Julián, le parecieron estímulos más que suficientes para sacudir los últimos restos de la resaca que aún quedaban en su organismo, acicalarse y salir pitando a la parada de autobuses de *Los Coloraos*, lanzando sin remisión de un puntapié sus planes de *tranqui* al baúl de los proyectos olvidados.

Y he allí que estaba una noche más pasando un frío de cojones esperando en la cola para entrar en aquel recinto que, después de su casa y la biblioteca, era el espacio cubierto en el que más tiempo había pasado desde que tenía quince años, edad en la que sus padres por fin le dieron la carta de libertad para poder pululular a sus anchas sin límite horario. Con anterioridad, sus amigos y ella se las habían ingeniado para divertirse saltándose los toques de queda impuestos por sus progenitores haciéndoles creer que se quedaban a dormir en casa de fulano cuando en realidad estaban

en la de mengano descubriendo los placeres y vicios de la vida en pequeñas fiestas que ellos mismos organizaban a escondidas y que tenían normalmente el mismo desenlace: EL CAOS. Quizás, reflexionó, era eso mismo, el caos que allí dentro, en la EM, se generaba, lo que efectuaba sobre ella esa irresistible atracción. Atisbarlo, acariciarlo con las yemas de sus dedos, saborearlo en sus labios, notarlo mecer su fino cabello rubio, era lo que le hacía volver viernes sí y sábado también en una suerte de degenerada rutina. Allí, el caos era, sin duda alguna, el rey. Un rey que dominaba sus territorios con mosquete de acero y arcabuz de mecha, con música a un volumen ensordecedor y unas combinaciones de bebidas espirituosas de alta graduación que le transportaban al límite, a perder la razón y en no pocas oportunidades los mismos papeles. ¿Pero qué más daba eso? ¿Acaso tenía este detalle la más mínima relevancia? No. Encerrada en aquellas cuatro paredes no tenía que dar explicaciones de su irracional conducta a nadie. Lo que ansiaban los millones de poros repartidos a lo largo de su candorosa dermis, sus venas, arterias, carótidas, tendones, músculos, vísceras, órganos y hasta el más mínimo vello de su santo pubis cada vez que atravesaba el oscuro y alargado vestíbulo que desembocaba a la pista de baile, donde una miríada de almas desbocadas bailaban hasta el éxtasis, era abrazar la libertad en su más pura e íntegra esencia, encontrar una guarida, un refugio en el que poder olvidarse de las obligaciones impuestas, de la carga de las responsabilidades no deseadas y así desquitarse de un plumazo la angustiosa presión y el férreo control que ejercían sobre ella su familia, la facultad y esta putrefacta sociedad que desprendía un hedor que le resultaba imposible de inhalar. Y este razonamiento que había hilvanado improvisadamente, más por aburrimiento que a causa de que el espíritu de Séneca hubiese poseído su cuerpo, suponía la explicación más fiel, veraz y sincera que encontró para justificar por qué a las 23.35 horas de aquel día de diciembre se encontrase, una vez más, aguantando aquella infame cola que tantas y tantas veces había tenido que chuparse pese a que hacía ya mucho, demasiado, que ese ambiente no le inspiraba lo más mínimo.

De repente, el musculado portero con el cabello encerado como la crin de un caballo, la cara picada por la viruela y enfundado en una parka negra que le llegaba hasta las rodillas ululó un estentóreo: «*¡ATRÁS HE DICHO, JODER!*», y lanzó un potente empellón a la primera línea de la cola forzando a varios de sus integrantes a realizar un escorzo para no caer al suelo y a Elena a salir abruptamente de la secuencia de elucubraciones en la que se hallaba divagando. Finalizado este violento mas fugaz conato, se tentó para asegurarse que sus extremidades seguían en su sitio y volvió a posicionarse cual autómata en la fila como si nada hubiese acaso acaecido. Alzó la mirada al cielo, que estaba despejado de nubes y en el que no era divisable ni una sola estrella debido a la refulgente contaminación lumínica emitida por el alumbrado nocturno, y reparó en el dichoso letrero en el cual rezaban aquellas dos mágicas letras que siempre parecían estar dispuestas a recibirle libres de prejuicios con moral y ética cimbreantes. Dos letras que, más allá de una mera denominación para un establecimiento de ocio, representaban el estandarte de una etapa que percibía en sus estertores, a punto de desvanecer. *Sayonara baby*, nos vemos, *arrivederci, au revoir*, balbució con un sardónico mohín dibujado en su viso al percatarse que los cuatro cubatas de ron con limón, que se había metido entre pecho y espalda a la carrera en el camino que iba desde la tienda de alimentación El Desavío hasta la explanada en la que se encontraba y el mareo inducido por las caladas sueltas de cigarro que había conseguido piratear a un niñato calentón que había probado a tirarle los tejos, comenzaban a hacer estragos en su normal construcción de pensamientos y estado de ánimo.